



antibios (Ramelli, 1588)

perial y alemán recalcado a lo largo de los siglos. Es también —como en Bonaparte— un gusto militar. Las máquinas complicadas de Pirro, de todos los sucesores de Alejandro, de los bizantinos, anticipan el clima del Renacimiento: Vinci, Alberti, las invenciones de Holanda, de Nuremberg y de Venecia, un tiempo pabellón y feria de las maravillas «de príncipes reloj y sabia escuela». Y es que el Renacimiento no es simplemente una vuelta a los griegos, sino también un reencuentro de los bizantinos. Aquel tiempo del emperador Carlos inaugura, sobre todo por obra de los tercios, un tipo de guerra mucho más ordenada—de «orden cerrado»—y mucho más científica. Se quedaban anticuados franceses y suizos, en la opinión de Maquiavelo. Es un tiempo de ingenieros militares: uno es Miguel Angel—«nuevo» de la guerra, que fortifica San Miniato—; otro es Leonardo; otro, Sangallo; otro, el mismo Alberti. El marqués de Marignano, Pedro Navarro, son ingenieros militares del emperador. El orden de los tercios, iniciado por el Gran Capitán, el más ilustrado general de la época y muy dado a las máquinas, viene de la falange macedónica y alejandrina, y su orgullo se cifra en funcionar como un reloj de resortes precisos, tiempos oportunos, contrapesos exactos, unidad y reciprocidad absoluta de movimientos. La terminología de la falange antigua pudo prestar voces a la lógica, como la voz «silogismo», o a la ortodoxia, como la voz «apostasía». Tal era su rigor ideal. Se acompañaban además los tercios de artillería, ingeniería y cuerpos auxiliares adelantados para entonces. Las crónicas mu-

nicipales italianas—recuerdo la de Prato—registran el asombro causado por su orden y su modernidad. Les era necesario además oponerse a naciones como Holanda y Venecia, que nutrían al enemigo de ingeniería ya muy desarrollada. Sentía el Emperador su amor al orden de un modo casi exasperado. En la revista de Barcelona, que se conmemora en una hermosa tapicería, el Emperador está vestido a la antigua, de azul y de tisú de plata, con una maza de plata en la diestra. Un caballero, más por culpa de su montura, se sale de la fila. El Emperador pica espuelas a su caballo y le da un leve golpe en el hombro con la maza de plata. *El caballero que se salía de la fila* era lo que se llamaba «un apóstata» en la falange antigua.

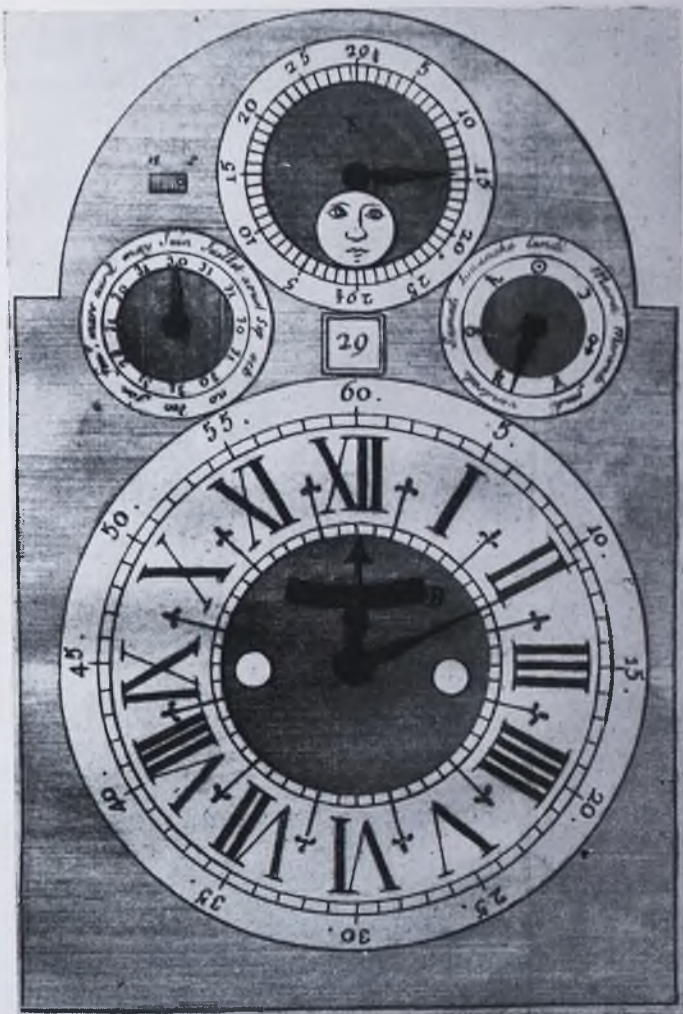
A la vista tengo un curioso libro, muy del gusto y el tono del Emperador: *Le diverse et artificiose machine* (1), del capitán Ramelli, dedicado a Enrique III de Valois. Se reproducen con estas desordenadas notas algunas figuras de este libro.

«He consumido—dice el autor—casi toda la flor de mis años en el honrado servicio a la felicísima memoria del nunca jamás bastante loado marqués de Marignano, gran conductor de guerra, y más diría brazo derecho de aquel magnánimo e invictísimo Carlos V, Emperador que ha sido, en sus días, como bien se sabe, de Oriente a Poniente, por tierra y mar, un tremendo y formidable rayo de la guerra.» Tales palabras son bastante significativas en libro dedicado a rey francés.

Las máquinas de Ramelli, aprendidas en la escuela de aquel Marignano, brazo derecho—y lo fué para la Artillería—de nuestro Emperador, demuestran cuán fácilmente se enlazaban las predilecciones imperiales por los artificios de guerra con los juegos mecánicos e hidráulicos propios de Herón de Alejandría o Juanelo Troniano. Así también me maravilló alguna vez el observar que los métodos propuestos por el ingeniero búlgaro Antonelli, en tiempo de Felipe II, para la navegación de Madrid a Lisboa, no eran muy diferentes de los empleados en sus máquinas de entretenimiento teatral y escénico por los ingenieros italianos «del arte representativa».

Junto a ingenios de guerra, algunas máquinas de Ramelli, como las fuentes cantoras, recuerdan las de Herón y las que, más tarde, trajo el Padre Kircher. Tienen un precedente en los

(1) Este libro es un precioso regalo que me ha hecho mi gran amigo y gran escritor don Antonio Marichalar, marqués de Montesa.



Péndulo inglés con almanaque, de la época del gran reloj enviado al Emperador de la China. (De Thiout «l'ainé», relojero de Isabel de Farnesio, en su «Traité d'Horlogerie». - Paris, 1741)